



---

José Sánchez Parga\*

Si hoy nos preguntamos por qué la Universidad no puede procesar los reales cambios que ocurren en la sociedad, y por qué sujeta a tales cambios es incapaz de actuar en ellos, la respuesta es obvia: la Universidad se encuentra hoy atrapada sin darse cuenta por las fuerzas y discursos de la *sociedad de Mercado*.

Esto mismo hace que la Universidad, incapaz de producir un conocimiento científico y un pensamiento crítico con una correspondiente formación académica no pueda concebir un mundo y una sociedad diferentes a los actuales. En parte ajena a la sociedad a la que pertenece y en parte sin una perspectiva suficiente respecto de ella, la Universidad no parece responder a los problemas y desafíos del mundo actual.

En primer lugar, la apertura de la Universidad a la realidad social, su relación con la sociedad y sus cambios nunca es resultado de una sim-

ple decisión ni de un ingenuo voluntarismo. Sólo por su práctica científica, explicando la sociedad y ejerciendo una función crítica respecto de las otras posibles interpretaciones de lo social, puede la Universidad ser parte de dicha sociedad y sus cambios e intervenir en ellos. Sin tal práctica científica y su función crítica la Universidad se hunde y repliega dentro de sí misma.

Con mucha frecuencia la Universidad confunde sus objetivos y finalidades específicos con los medios para alcanzar tales fines o los efectos que tiene el logro de sus objetivos. Sostener que la Universidad debe producir inter- o trans- disciplinaridad, supone ignorar que una tal inter- o trans- disciplinaridad no puede ser más que el efecto y resultado de su producción científica, y no un logro diferente al margen de esta esencial y específica función universitaria. De la misma manera, no es

---

\* Profesor e Investigador Universidad Politécnica Salesiana.

un asunto de voluntarismo académico ni mucho menos de simple ingeniería administrativa u organizativa, que la Universidad se abre no sólo a la sociedad real, sino sobre todo a una sociedad posible y mejor que la realmente existente; esto sólo lo consigue la Universidad a partir de su práctica científica y crítica y de formación académica.

La Universidad declina la especificidad de su docencia, pierde sus competencias para la formación científica de los estudiantes, cuando deja de hacer ciencia, de producir y transmitir un pensamiento científico y crítico. Es así como la Universidad se ha ido quedando reducida a una función pedagógico –educativa, limitada a la más simplificada y elemental función de enseñanza –aprendizaje, reproductora de conocimientos. Y se ha vuelto incapaz de producir esos mismos conocimientos que reproduce, de comprender y explicar la realidad, de pensarla y enseñar a pensarla.

Al perder sus facultades científicas, simultáneamente la Universidad se queda sin competencias críticas. Es esto lo que la convierte en presa fácil de las fuerzas y discursos de la sociedad de Mercado. Sujetada y formateada por otros discursos, la Universidad es incapaz no sólo de pensar la sociedad sino tam-



bién de pensarse a sí misma dentro de ella.

Una Universidad que de su condición científica se degrada a la condición pedagógica, es también una Universidad que degrada su misma condición académica a la oferta y la demanda: a formar profesionales para los mercados de trabajo y del empleo, profesionales orgánicos de un mercado laboral, cuyas estructuras y funcionamientos ignoran y peor aún son incapaces de controlar. Sometidos a la condición de sujetos y no actores del trabajo y la profesión que ejercen.

En parte seducida y en parte atrapada por la *sociedad de la comunicación*, la Universidad confunde cada vez más informaciones y conocimientos, y presa de las nuevas tecnologías, de la cibernética y telemática, se empobrece científica y académicamente, generando o reproduciendo datos e informaciones, promoviendo y circulando opiniones, satisfaciendo consumos y demandas intelectuales cada vez más precarias y utilitaristas.

Mientras que la Universidad fue durante siglos un “*aparato ideológico de Estado*”, siempre luchó por su autonomía y siempre pudo reconquistarla y mantenerla, pero hoy el Estado precariza la Universidad, deja que se empobrezca económicamente y se deslegitime, para que únicamente pueda salvarse y “modernizarse”

convertida en “*aparato ideológico de Mercado*”. Desde el más ambicioso programa de *modernización universitaria*, que es el plan de Boloña, hasta las normativas de *indexación* de las revistas, pasando por el marketing publicitario de los intelectuales en internet, todo tiende a homogeneizar y uniformar el pensamiento, a domesticar los conocimientos, a suprimir y atrofiar la crítica, y sobre todo a convertir la inteligencia y los intelectuales en mercancías que se ofertan y demandan, se compran y venden.

La Universidad comienza a funcionar como una empresa; la razón académica es sustituida por la racionalidad administrativa, imponiéndose los principios de eficacia y rendimiento, de costo y beneficio, de productos. La misma Universidad introduce en su núcleo académico los valores del mercado: la competitividad, la rentabilidad y el *marketing*; la consultoría sustituye a la investigación, y el *free lance* al “intelectual orgánico”. Es a medida que se pauperiza estatalmente, que de pública deviene privada, que se privatiza no sólo en términos de propiedad, que la Universidad se vuelve un colosal negocio para el Mercado. Sólo en la medida que se “libra” del compromiso social, público – estatal, y se “libera” de sus responsabilidades sociales, puede la Universidad convertirse en una empresa.

Hoy el “pensamiento único” se incuba en la Universidad, transformada en caja de resonancias de la ideología dominante; no porque la Universidad impida o censure otro pensar posible, sino porque no hay tal pensar posible o ese pensar alternativo y crítico no entra ya en la Universidad. Son otros los centros de pensamiento o agrupaciones intelectuales, que hoy producen un pensamiento inteligente y crítico. Tal es el caso del MAUSS (Movimiento Anti-Utilitarista de las Ciencias Sociales) o del PEKEA (Political an Ethical Knowledge on Economical Activities), ATTAC o *Alternatives Sud* del Centro Tricontinental de Lovaina.



Muy por el contrario, las agendas de la Universidad están dictadas por el Mercado y el Estado, por los organismos económicos internacionales (Banco Mundial, FMI, CEPAL), por la Cooperación Internacional, por las obras que aquellos “maestros del pensar” consagrados por el negocio editorial y sobre todo por las patentes y la transferencia tecnológica.

Cuando la Universidad declina su práctica científica, deja de explicar la realidad y no ejerce una función crítica, inevitablemente queda ocupada y penetrada por la *nebulosa de las discursividades sociales*, y se convierte en caja de resonancia de tales discursividades y forma parte de ellas.

Tres son los principales *discursos sociales*, a los que la Universidad – como todo el resto de la sociedad – se encuentra sujeta, y que le impiden pensar lo social, sus cambios y más aún la posibilidad de pensar un modelo de sociedad diferente. Ya que estos discursos sociales, son discursos que la sociedad produce y destila, los institucionaliza; con ellos organiza y regula la sociedad y penetra las relaciones sociales, los comportamientos de las personas, sus lógicas, intereses y valoraciones.

Estos discursos son, por ejemplo, el *discurso del desarrollo*, el *discurso de la violencia* y el *discurso culturalista*. No son discursos *sobre* el desarrollo, ni *sobre* la violencia, ni *sobre* la cultura; lo cual supondría que las personas actúan en el enunciado de dichos discursos. Se trata de todo lo contrario: es el discurso *del* desarrollo, *de* la violencia, *de* la cultura, son todos estos y otros muchos discursos los que nos dicen y nos hablan, nos enuncian y penetran con sus enunciados. *Son discursos que nos convierten en sujetos sujetados a sus enunciados, al mismo tiempo que nos impiden una actuación racional y crítica sobre ellos.* La sociedad moderna se piensa e interpreta desde estos discursos y son estos, entre otras muchas discursividades

menores, a los que la Universidad junto con la misma sociedad se concentran sujetadas.



### a. *El discurso del desarrollo*

El *discurso del desarrollo* se basa en una “creencia” (G. Rist). Esta creencia del desarrollo, como todas las creencias se origina no en una falsedad sino en un doble equívoco: a) creer que el evolucionismo de las especies puede ser aplicado a la historia y las sociedades humanas; b) creer que la eternidad y el paraíso o el “más allá” (cuya existencia real quedaría cuestionada desde Kant), pueden ser sustituidos por un desarrollo económico ilimitado, tan sostenidos como eterno, y que el fin de dicho desarrollo sería un paraíso terrenal; no para todos los seres humanos ni para todas las sociedades, sino sólo para aquellos victoriosos de la “lucha por la vida” y resultante del “mejoramiento de la especie” humana.

En otras palabras el desarrollo no sería más que la versión secular y laica (“Moderna”) de la escatología cristiana.

Esta versión darwinista del desarrollo, que se fragua en el siglo XIX, se moderniza y materializa con el desarrollo capitalista asociado a un crecimiento económico sin fin, eterno e ilimitado. Es obvio que un tal crecimiento económico capitalista devasta naturaleza y sacrifica poblaciones y sociedades enteras; pero no otra es la lucha contra la pobreza” convertida en lucha por la sobrevivencia de unas especies sobre otras;

la misma lucha encarnizada entre pueblos y personas que el desarrollo económico impone con el eufemismo de *competitividad* en la sociedad de mercado.

La asociación del desarrollo con el crecimiento económico capitalista es doblemente perversa: el crecimiento económico precisa y concreta la idea general y abstracta de desarrollo, mientras que el desarrollo legitima y humaniza el crecimiento económico. Y sin embargo, la historia del desarrollo es una historia de crisis y fracasos económicos, cuyos resultados fueron siempre nuevas fases y formas de fortalecimiento del capital pero también de “devastación” de la naturaleza y de la sociedad humana.

La Universidad como la misma sociedad no saben o no se atreven a pensar una sociedad sin desarrollo y sin crecimiento económico, y una economía política fundada no en la producción de más y nuevas riquezas sino en la distribución y redistribución de las existentes. Y sin embargo, decía Bakunin, sólo quienes pensaron y osaron lo imposible hicieron algo en la historia; quienes por el contrario sólo pensaron lo posible e intentaron las alternativas posibles nunca hicieron nada.

### ***b. El discurso de la violencia***

El otro discurso social al que la Universidad como la sociedad se

encuentran sujetas es el moderno *discurso de la violencia*. En cuanto enunciado y discurso, productor de ideas e interpelaciones, la violencia aparece en la década de los 80; como concepto se generaliza y difunde para explicarlo todo: violencias sociales y urbanas, violencia política y simbólica, violencia de género y generacional. Toda forma de agresión y de crueldad y todo daño se definen por la violencia; se puede hablar desde la violencia terrorista y violencias de Estado hasta la violencia del Mercado.



Al volverse tan general y genérica la violencia pierde su poder explicativo en aras de su poder interpelativo o movilizador e imaginario. De esta manera un mundo dominado por las violencias deja de ser un mundo comprensible y el discurso de la violencia oculta así las formas de luchas que desgarran la sociedad moderna: la ruptura de todos los vínculos sociales e institucionales (vínculos familiares, educativos, generacionales, laborales, etc.).

En una sociedad donde los seres humanos son humanos en la medida que viven vinculados entre sí unos a otros (de modos distintos dependiendo de la institución o ámbito social donde se relacionan), donde la socialidad es constitutiva de la persona humana, la ruptura de los vínculos sociales es siempre producto y

productora de violencia. Cuando en una familia se quiebran los vínculos de parentesco (entre padres e hijos, entre esposos) tal ruptura es siempre por sí misma producto y generadora de violencias familiares. Y esto que ocurre al interior de cada institución social tiene lugar a escala de toda la sociedad, donde la ruptura generalizada de los vínculos sociales produce la más o menos sorda e invisible “lucha de todos contra todos”.

Este principal efecto de ocultamiento del *discurso de la violencia* se metamorfosea reduciendo la violencia social a las *violencias urbanas*, o al fenómeno de la delincuencia y criminalidad, cuando dicho fenómeno no es más que la parte visible de un *iceberg*, la que emerge sobre la línea de flotación de la sociedad, ocultando toda la inmensa masa de violencia, que produce víctimas y victimarios al interior de la misma sociedad; violencias tanto más impunes y letales cuanto más microfísicas, privadas e interiores al tejido social.

Las violencias en la moderna *sociedad de mercado* no son más que el efecto del Mercado sobre la sociedad. Si las violencias en el mundo actual son más generalizadas, más crueles e intensas, si adoptan formas nuevas y tienen lugar donde antes no existían (contra los niños, las mujeres, etc.), las causas



son otras: la implacable “devastación” en ella de todas las relaciones sociales reducidas a oferta y demanda, y a la competitividad ilimitada entre todos los seres humanos.

Una prolongación extrema del discurso de la violencia es el *discurso antiterrorista* y terrorista destinado por una parte, a encubrir todos los errores, horrores y terrores del nuevo orden económico global del mundo, y por otra parte a instalar y justificar el más imponente *aparato de seguridad* (policial, militar, judicial, penal) en todo el mundo. Nunca la “vigilancia y el castigo” (Foucault) estuvieron al servicio no de un régimen político sino de un sistema social totalitario.

### c. *El discurso culturalista*

Un tercer discurso social, en apariencia inofensivo pero de gran capacidad de ocultamiento y de mayor utilidad mortífera es el *discurso de la cultura*, que comporta una *hipertrofia cultural* a costa de una correspondiente *atrofia social*. Es por el atajo de la cultura que el mercado escamotea lo social.

Al hacer que la cultura explique los fenómenos sociales, que estos sean entendidos desde lo cultural, y que no sea ya la sociedad la que explica tanto los *hechos sociales*, que ella misma produce como los *hechos culturales*, producto también de la

sociedad, el discurso culturalista investido por el mercado reduce la sociedad a una abstracción, y los hombres comienzan a ignorar la sociedad en la que viven, no comprenden los fenómenos y procesos sociales a los que están sujetos, y sólo entienden los funcionamientos, regulaciones, lógicas y automatismos del mercado. En este sentido la versión cultural de la sociedad facilita e instrumentaliza su versión mercantil, la cual termina dominando todos los comportamientos y valoraciones humanos.

El discurso culturalista ha permitido la invención del “choque de civilizaciones” (Huntington), y los más diversos encontronazos y guerras étnico-culturales, con la finalidad y el efecto de encubrir las verdaderas causas y razones fundamentalmente económicas de las guerras actuales en todo el mundo; donde el mercado y las *Razón de Mercado* se han convertido en la más poderosa “arma de destrucción masiva”. Las guerras siempre fueron de una u otra manera mercantiles, pero la originalidad actual es que hoy *el Mercado es la guerra*; y todas son guerras de mercados.

Después de todo, finalmente, el *síndrome culturalista* es uno de los más valorados productos de la sociedad de mercado, que ha hecho de los objetos y prácticas culturales una de

las mercancías con mayor valor añadido o *plusvalía*.



Aunque no sea más que brevemente y a manera de epílogo, entre otros muchos discursos sociales, habría que referirse también por su singularidad al masivo e intenso *discurso de la lucha contra la pobreza*, que desde hace dos décadas no sólo ha pretendido y en gran medida logrado desarmar las luchas sociales en todo el mundo, sino que además ha conseguido también en gran parte ocultar las causas de tanta miseria y empobrecimiento globales generados durante las últimas décadas.

Resulta muy elocuente que sea la actual crisis del capital, la que pone de manifiesto lo que la “lucha contra la pobreza” intentaba encubrir: la causa de la pobreza en el mundo es la misma que la causa de la actual crisis del capital: las colosales fortunas amasadas, acumuladas y concentradas en todo el mundo, los multimillonarios enriquecimientos, el crecimiento económico desenfrenado e ilimitado, la voracidad de los mercados financieros. Que esta causa de la crisis del capital responda a su misma lógica más profunda y a su más interna necesidad y racionalidad, explica que nos hayan condenado durante dos décadas y nos sigan

condenando en el futuro a “luchas contra la pobreza”, en vez de luchar no sólo contra todos aquellos que se enriquecen de manera delincente y criminal sino sobre todo contra todas aquellas instituciones, mecanismos mercantiles, bancarios, financieros que producen tales enriquecimientos y generan tal empobrecimiento.

Los *discursos sociales* son poderosos, en primer lugar porque son *delirantes*: tienen un gran componente imaginario, responden a particulares necesidades diferentes de las que enuncian, y como carecen de coherencia teórica y rigor conceptual pueden ser enunciados ilimitadamente; el hecho que se pueda hablar de ellos desde cualquier lugar y de cualquier forma, diciendo cualquier cosa, demuestra que son ellos los que hablan en nosotros y que somos sujetos sujetados a su discursividad.

En segundo lugar, el poder de los *discursos sociales* reside en su utilidad, en su facilidad para ser instrumentalizados, para servirse de ellos, y por consiguiente disponibles para ser socialmente *institucionalizados*: los discursos sociales alcanzan su definitivo poderío, cuando se institucionalizan.



En tercer lugar, la otra fuerza de los *discursos sociales* consiste en sus ósmosis ideológicas,

que las hace altamente interconectables, pues quien habla de gobernabilidad, hablará también de *governancia*, de *interculturalidad*, de “lucha contra la pobreza”, del *desarrollo* en cualquiera de sus estados, etc.

Es en este contexto, que hoy se plantea la *autonomía universitaria*: una autonomía entendida no en cuanto independencia del Estado, de la sociedad y del Mercado, sino una autonomía que la Universidad produce, logra y conquista precisamente por el ejercicio de su práctica investigativa y crítica, por su doble función, necesidad y responsabilidad, de explicar la realidad, de justificar críticamente dicha explicación y de cuestionar otras explicaciones. En otras palabras, lo que hace realmente autonomía a la Universidad es su práctica científica y docente; esto y no otra cosa hace libre a la Universidad y legitima su autonomía respecto de otras fuerzas o poderes sociales; llámense estos Estado o Mercado.

En este mismo sentido también la *autonomía universitaria* ni es una prerrogativa ni siquiera un derecho sino sobre todo una conquista, una obligación y responsabilidad.

Por eso también, la misión de la Universidad no reside tan sólo en liberarse del tupido tejido de *discursos sociales* sino también y sobre todo de liberar de ellos a la misma sociedad.